

Alessandro RONCAGLIA. *La riqueza de las ideas. Una historia del pensamiento económico*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2006, 778 pp.

El volumen que aquí se comenta corresponde a la edición castellana del manual de historia del pensamiento económico del economista italiano Alessandro Roncaglia, conocido en España por la traducción de sus trabajos sobre Petty, Sraffa, las escuelas *sraffianas* y el manual de economía *Elements fondamentals d'Economia Politica* (Vic, Eumo 1994). Más específicamente, se trata de una traducción de la edición inglesa de 2005, siendo esta última a su vez una traducción ampliada con nuevos materiales de una previa versión italiana avalada por el premio Jérôme-Adolphe Blanqui a la mejor monografía del año 2001 que concede la ESHET, la sociedad científica europea de historia del pensamiento económico. La cuidada edición, cuya traducción ha sido encomendada a Jordi Pascual Escutia, nuestro mejor traductor de trabajos de historia del pensamiento económico, incluye una extensa bibliografía que indica las traducciones españolas, catalanas y, en su caso, inglesas de las obras referenciadas con el fin de facilitar al lector la consulta de las fuentes utilizadas por el autor.

Ante todo, el trabajo de Roncaglia supone la incorporación a la historiografía económica en castellano de un punto de vista heterodoxo respecto a la corriente historiográfica principal, que interpreta la evolución de las ideas económicas desde la perspectiva de una escuela precisa: la llamada escuela *sraffiana*. En particular, el autor se inclina por una interpretación específica del planteamiento *sraffiano* que opta por una reconstrucción *smithiana* de la economía, lo cual presupone un juicio positivo de las interconexiones historia-teoría que, a su vez, revaloriza la contribución de la historia del pensamiento económico al debate teórico y aplicado de nuestros días.

La interpretación de Roncaglia se sostiene sobre un claro planteamiento metodológico que explica el contenido y la organización del volumen. Brevemente, Roncaglia, sin ocultar en este extremo la influencia *schumpeteriana*, considera que la investigación económica procede en tres etapas sucesivas. Partiendo de un ‘acto cognitivo preanalítico’ que supone una primera aproximación al problema, el economista aborda en un segundo momento la ‘conceptualización’ de la ciencia económica o etapa en la que el economista identifica el conjunto de conceptos clave acordes con su visión del proceso económico, a los que atribuye, con mayor o menor ‘rigor filológico’, un nombre y una posición específica en el sistema abstracto conceptual. Finalmente, el economista se embarca en la etapa de ‘teorización económica’ o fase de construcción de los modelos científicos.

Roncaglia estima la segunda etapa crucial en su interpretación de la evolución de la

ciencia económica, hasta el punto de organizar el volumen de acuerdo a un criterio que valoriza básicamente la ‘conceptualización’ correcta de la ciencia económica. De este modo, la historia de la ciencia económica se interpreta como la historia de la confrontación de dos ‘conceptualizaciones’. De una parte, se encuentra lo que denomina enfoque del excedente, basado en los conceptos de división del trabajo, valor y distribución, analizados en un contexto dinámico. De otra, el enfoque subjetivista que concibe la economía como una teoría del comportamiento racional, cuyos conceptos clave son la escasez de recursos, la utilidad, los precios relativos y el equilibrio referidos todos ellos a un contexto estático. Esto explica los ocho capítulos –de los diez y ocho que suma el volumen– dedicados a economistas –y en su caso a sus respectivas escuelas–; es el caso de Petty (cap.3), Smith (cap.5), Ricardo (cap.7) –el capítulo 8 tiene como objeto los ‘ricardianos’ del siglo XIX incluido J.S. Mill–, Marx (cap.9), Marshall (cap. 13), Keynes (Cap. 14), Schumpeter (cap. 15) y Sraffa (cap. 16). Pero no todos estos autores son valorados de forma similar. Por encima de todos se encuentran Smith, Ricardo, Schumpeter, Keynes y Sraffa. El gran logro de los dos primeros fue su heroica ‘conceptualización’ de la economía, el de Keynes, y más en particular el de Sraffa, radicó en la solución a los problemas analíticos no resueltos por aquéllos. El pluralismo metodológico, el dinamismo analítico, el rechazo de la idea de equilibrio y el concepto de agente económico *schumpeteriano* son también positivamente valorados.

Los esfuerzos por acotar y caracterizar la ciencia económica de Marshall y Marx también son recompensados. Roncaglia no oculta su simpatía por el planteamiento evolucionista de Marshall y su distanciamiento de la metodología individualista extrema. Sin embargo, la debilidad de algunos elementos del sistema analítico *marshalliano*, como la incompatibilidad del supuesto de la competencia con los rendimientos crecientes o decrecientes a escala, acaba por introducir incoherencias analíticas insalvables que conducen al fracaso de su proyecto de investigación. La aparición de la clase media, idea que parece tomar Roncaglia de Sylos Labini, sirve para señalar la fragilidad de algunos elementos teóricos del modelo *marxiano* como la tendencia a la polarización social y la caída de la tasa de beneficio. Si a esto sumamos otras debilidades normativas, como la renuncia a desvincular la plusvalía del beneficio que hace inviable la resolución del problema de la transformación de precios en valores, la construcción analítica de Marx se derrumba.

La organización del resto del volumen es coherente con este planteamiento. Roncaglia identifica tres momentos cruciales en la evolución de la ciencia económica. El primero se produce en el siglo XVII, cuando Petty rompe con el método lógico-deductivo de la escolástica y conceptualiza la ciencia económica en una dirección que culminará, tras un proceso que se explica exhaustivamente en los capítulos 4 y 6, en Smith y Ricardo. Roncaglia destaca, no obstante, que avances similares a los de Petty se produjeron en otros ámbitos geográficos y particularmente en Italia, donde el calabrés Serra atribuyó un papel decisivo a la actividad productiva separándose claramente de los planteamientos mercantilistas en una fecha tan temprana como 1613.

El segundo momento decisivo para la suerte de la ciencia económica se produce en la década de los 70 del siglo XIX. De entre los economistas ‘subjetivistas’ Roncaglia sitúa a Jevons como el iniciador de una línea de investigación basada en el método matemático y en una visión sensualista de la psicología humana que conduce al empobrecimiento de la fundamentación conceptual de la economía con respecto a los logros alcanzados por Smith

y los economistas clásicos. Los capítulos 10, 11 y 12 estudian las tres versiones del proceso de simplificación del mundo real llevado a cabo por los economistas marginalistas con el fin de formalizar matemáticamente la disciplina: británica, austriaca y ‘equilibrio general’. Naturalmente, no todos los autores merecen un juicio negativo y quizás sorprenda al lector la valoración positiva de la representación conceptual de la economía de mercado de Hayek, aunque también se señalan los límites de su construcción analítica. Roncaglia argumenta particularmente contra la tesis de la continuidad, común a los tratados ‘whigs’ de historia de las ideas económicas, entre los economistas clásicos y el análisis del equilibrio general de Walras-Arrow-Debreu, proyecto éste último que califica como un intento de construcción de una ciencia axiomática que utiliza, a consecuencia de una inadecuada ‘conceptualización’, supuestos alejados de la realidad (i.e. convexidad de la tecnología, integridad de las preferencias de los consumidores). El peligro de tal proyecto, siempre según Roncaglia, radica en que los economistas contemporáneos lo consideran como la frontera que establece los límites de la investigación en economía y lo toman como punto de referencia ineludible de la misma, cuando en realidad se trata simplemente de una de las posibles representaciones de la realidad económica.

El tercer momento decisivo para la ciencia económica se produce en el Cambridge post-marshalliano y los protagonistas son Keynes y Sraffa, cuya cercanía intelectual considera Roncaglia mayor que la que generalmente reconocen otras interpretaciones. El segundo, de forma autónoma, establecerá definitivamente el contacto con los fundamentos conceptuales de la economía clásica superando al mismo tiempo los límites del edificio analítico de Smith y Ricardo.

Es cierto que respecto a otros manuales de historia de las ideas económicas se echa en falta un tratamiento más extenso de algunas escuelas o autores que ciertamente tuvieron un protagonismo crucial en su tiempo; éste es el caso de la escuela histórica alemana. En contrapartida, el volumen provee una ingente información sobre una enorme cantidad de autores que generalmente son ignorados en la mayor parte de los manuales, desde los filósofos de la antigüedad clásica y el pensamiento patristico hasta economistas italianos de diversas épocas como el ya mencionado Serra, Galiani o Pantaleoni. El esfuerzo en este sentido es titánico, y aún más impresionante a la luz de su insistencia en la utilización de las fuentes originales para evitar errores como el cometido por Hicks en la primera edición de *A theory on economic history* (1969), quien por utilizar fuentes secundarias afirmó que Ricardo no había empleado ejemplos aritméticos en su capítulo sobre la maquinaria (pág. 278n).

La reflexión de Roncaglia causa en alguno de sus extremos cierta perplejidad. En particular, la reivindicación de un enfoque ‘competitivo’ y pluralista de la evolución del pensamiento económico defendido continuamente en el libro –el propio título del volumen, además de tener remembranzas de la obra de Smith, sugiere un planteamiento pluralista–, parece ser transgredido por el propio Roncaglia cuando sostiene la superioridad del conglomerado analítico *keynesiano-sraffiano* como un sistema que supera las dificultades de la economía clásica desde el punto de vista de su construcción analítica. Paradójicamente, el enfoque ‘acumulativo’ de la historia de las ideas económicas, tan denostado a lo largo de las páginas del volumen, es aplicado de forma milimétrica por Roncaglia para explicar esta conexión intelectual.

Tampoco se ofrece una explicación convincente de la falta de atención de los economistas contemporáneos a este enfoque que, de acuerdo con Roncaglia, no sólo presenta una correcta ‘conceptualización’, sino también una construcción analítica adecuada. Más problemática se torna la respuesta a esta cuestión cuando el volumen apenas ordena en poco más de 40 páginas la mayor parte de la teoría económica producida desde Keynes hasta nuestros días. En el texto existen ciertas sugerencias al respecto, como la tesis de la fragmentación de la investigación económica contemporánea –analizada en el capítulo 17– que aísla progresivamente a los economistas en sus respectivas torres de marfil delimitadas por su campo específico de investigación. O la aceptación de la teoría del equilibrio general como marco genérico y referencia del análisis que elimina los debates sobre su validez conceptual. Quizás una incursión a través de la historia del pensamiento económico con el propósito específico de clarificar las circunstancias que vinculan la visión pre-analítica con la etapa de construcción de conceptos económicos podría ofrecer alguna hipótesis sobre las razones que subyacen a la aceptación de una inadecuada ‘conceptualización’. Ahora bien, esta incursión implicaría abordar cuestiones que fácilmente escapan a cualquier afirmación categórica o a la formulación de hipótesis susceptibles de falsación científica dada la gran cantidad de factores implicados.

Todo lo anterior no resta ningún valor al monumental trabajo de Roncaglia. Se trata de una historia de las ideas completísima –con la excepción quizás de la segunda mitad del siglo XX–, suficientemente clara en su exposición, escrita en un tono cautivante, honesta metodológicamente, y con múltiples sugerencias no sólo para el profano de la historia de las ideas económicas, sino también para el especialista, que encontrará a lo largo de sus páginas suficiente material crítico para reflexionar sobre sus propios planteamientos y puntos de vista.

JUAN ZABALZA